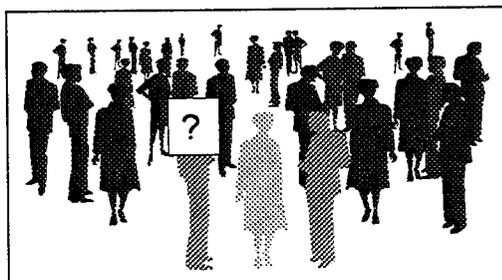


Opinión



Perdidos en la misma calle

Por ROSE SÉLAVY

Para Epicuro que me sacó de casa

Este, como todos, ha sido un año horrible. Nos hemos ensuciado las manos con los periódicos, las realidades se nos han encogido como cuando nos hace daño un zapato o tenemos miedo, los por qués se ha arrodillado en la boda del Engaño y el Fracaso y la Belleza estuvo suplicando su indulto a las puertas del olvido.

Yo también iba a quejarme para decir, al menos, el aquí estoy, que es por lo que lloran los niños cuando tienen y cuando no tienen motivos. Pero encontré las palabras tan gastadas que más que una denuncia parecía una petición de limosna. Así que, qué diablos, voy a hablarles de cualquier cosa.

¿Se han fijado en ese extraño juego al que todos jugamos por la calle consistente en mirar a los ojos, durante una milésima de segundo, al que viene enfrente? ¿Y esa sonrisa fugaz, pero espontánea, que acompaña al "perdón" o al "disculpe" al tropezarnos con un desconocido? ¿Y el tono dulce de muchos de los mensajes de los contestadores telefónicos, grabados para a tender a no se sabe quién? Pues digo yo que si detrás de todas estas cosas, a caballo entre el absurdo y la gratuidad, no habrá un algo antropológico, ontológico, metafísico y trascendente que tiene que ver con nuestra necesidad y nuestra capacidad de ser reconocidos y queridos no por el interés o la costumbre, sino porque aquí estamos, todos igual de solos y desamparados y perdidos en la misma calle, tropezando en la misma esquina y llamando al mismo teléfono que nadie descuelga.

Supongo que ustedes tampoco llamarán a esto amistad pero, reconozcan, en todo caso, que se trata de hechos situados más allá de las normas de los manuales de la corrección social. Es más, como todo lo absurdo y gratuito, trasgrede las reglas de la buena educación. Llevado al paroxismo (lo que hacen los niños, que son seres paródicos, como bien saben ustedes): una mirada demasiado fija (unos segundos más de la cuenta) o un gesto excesivamente amable puede levantar terribles suspicacias o provocar la huida precipitada ante el Otro. Por eso, y sólo por eso, nos hemos inventado ese reducto de la amistad, que es un territorio donde podemos decir tonterías, cultivar afinidades, simular que compartimos, llorar con alguien delante, vislumbrar un poco qué hay detrás de una mirada fugaz.

A propósito ¿se han preguntado alguna vez por qué los perros y los gatos (y creo que los caballos también) nos miran fijamente a los ojos.

La herencia de nuestros menores

Por GERARDO SILVÁN

Juega y juega a ser mayor. Por unos instantes se convierte en papá o mamá aunque no entiende sus problemas. Da voces a sus muñecos, les castiga y luego, con cariño, les acuesta en la cama arropándoles con su ingenuidad.

Juega y juega a ser papá o mamá aunque aún no sea mayor.

Y mientras papá y mamá se pasan la vida jugando a ser pequeños, porque aunque grandes, sus papás también son ingenuos. Y sueñan el futuro de su hijo: el más listo, el más guapo, el más exitoso, el más.

Y no lejos de aquí, niños listos, guapos, exitosos, ven morir a sus familias y amiguitos, que quizás no fueran ni tan listos, ni tan guapos, ni con tanto éxito. Muertos por armas fabricadas para la paz. Y es que a los papás les puede resultar molesto ver en los telediarios y a la hora de la comida cómo niños y mayores yacen en el suelo víctimas del azar que les llevó a nacer en un territorio donde los últimos modelos de armas tienen más éxito que los automóviles de 16 válvulas y las tiranías y los problemas raciales son un buen negocio para los países más 'avanzados'.

¿Podemos seguir destruyendo por una parte, mientras que por otra compramos nuestra salvación?

No mucho más lejos, niños no tan listos, ni tan guapos, ni con tanto éxito, siembran el terreno con sus estómagos vacíos. Grandes estómagos vacíos. Por qué será que son tan grandes los estómagos vacíos. Quizás alguien reflexionando sobre la paradoja que supone que los estómagos vacíos sean grandes alumbró la idea de crear armas para la paz. Papá y mamá se consuelan con saber que cada día son más los desdichados que van al cielo -gracias a la labor ¿evangelizadora? de la iglesia-, aunque les debe de resultar algo desagradable pensar que al final de sus días se encontrarán en el mismo cielo con tanto estómago abultado y tantos cuerpos lisiados en guerras desconocidas.

Y alrededor de todos, niños listos y tontos, la naturaleza. ¿Un bien escaso? Si es así, sus papás pensarán que no estaría nada mal que ese niño aprovechara sus dotes para hacerse algún master de medio ambiente mientras acaba la carrera de derecho, medicina o económicas. Eso sí, mientras tanto, sus papás -algunos- reciclan vidrio y pilas y no utilizan aerosoles que tanto perjudican a la capa de ozono -de seguir así no va a poder lucir su moreno en los meses estivales-. Incluso el detergente utilizado no contiene fosfatos, gracias a la vena ecologista que les ha entrado a los fabricantes de destructores de la naturaleza -ahora destruyen más blanco y con el beneplácito de la sociedad-. Cualquiera día, esos papás irán a las compras llevando las bolsas necesarias desde casa para no generar tantas basuras desagradables -no degradables-, reciclarán todo tipo de desechos, utilizarán detergentes con la cabeza y no con el olfato, no despilfarrarán agua, economizarán energías, comprarán lo necesario -¿deberían deshacerse del televisor y no leer semanales de la buena vida donde parece que todo el mundo tiene el derecho adquirido de vivir por encima de sus posibilidades?-, ... y todo ello instantes antes de convertir todos los recursos naturales en una ficción de videoteca.

Mientras tanto, el niño seguirá jugando a ser mayor hasta que sepa que los mayores matan y encarcelan por ideas, color, sexo, poder, ... O matan por falta de ideales. Y les preocupa más la elección libre de una mujer acerca de un embarazo no deseado que la muerte de

un ser anónimo en una guerra lejana. Y consumen lo suyo y lo que les corresponde a otros con el estómago más abultado. Y destruyen consumiendo. Y construyen para destruir. Y huyen de ciertos enfermos creyéndose libres de sus enfermedades. Y crean un mundo de seres marginales a los que penalizan por consumir las drogas que otros han fabricado para ostentar el poder. Y en nombre de la justicia proclaman más justo al que más dinero tiene. Y destruyen culturas que lo único que pretenden es mantenerse alejadas del ¿desarrollo?. Y desconocen el significado de la palabra TOLERANCIA. Y ... Y entonces ese niño se habrá convertido en una persona mayor que añorará a aquel pequeño ingenuo que aún no sabía leer.

.....

Existen muchas organizaciones no gubernamentales que están peleando muy duro por solidarizar a las personas con todo lo que nos rodea para así poder acabar con las injusticias. Como tranquilizante de nuestras conciencias está bien eso de dedicar algo de nuestro dinero sobrante a alguna de ellas, pero ¿es suficiente simplemente una aportación económica?, ¿podemos seguir destruyendo por una parte, mientras que por otra compramos nuestra salvación?

Afortunadamente sí que podemos hablar de un ejército para la paz y que cada día cuenta es sus filas con más adeptos: los voluntarios, gentes que de una manera desinteresada y altruista dedican sus energías a las gentes olvidadas. Y me gustaría incluir en este grupo a esas gentes que han sabido concentrar su compromiso religioso en ayudar a las personas que más lo necesitan, viviendo las miserias que quizás sus propios jerarcas tienen olvidadas.

Podríamos pensar que para solucionar los problemas están los políticos, puesto que esa debe ser su misión. Quizá el problema no sea su misión, sino *su sumisión*. Es posible que prefieran pensar que vivimos conformes con lo que tenemos. Incluso es posible que nosotros nos conformemos. Somos nosotros, los ciudadanos de a pie, los que tenemos la obligación de recordarles constantemente la realidad social. De todas formas podemos albergar la esperanza de que, como continúen las cosas así, muy pronto las soluciones a todos estos problemas serán las que acaparen más votos.

En definitiva, el problema no es de unos pocos, es de todos y, por lo tanto, la solución no está en unos pocos, está en todos. Es un compromiso que debemos adquirir por nuestros menores.

Confieso que tengo una hija de tres años y, aunque poseo muchos árboles fotografiados, me gustaría no tener que explicarle que en su día fueron seres vivos. Aunque de momento he de reconocer que mi hija juega a papás y mamás, les da voces a sus muñecos, les castiga y luego, muy tiernamente, les acuesta en la cama.



El olmo del Paseo